

EN TEORÍA

La guerra santa de la animación

El articulista reflexiona acerca de las causas que a su juicio convierten a los niños en no lectores, a la vez que disiente de los que achacan a la televisión la falta de interés de aquéllos por la lectura.

por Paco Abril *



ANNA MIRALLES

La animación a la lectura se parece cada vez más a una cruzada. Los animadores, pertrechados en su fe, se lanzan a rescatar la lectura que se halla en poder del infiel. En toda cruzada hay algo sagrado que moviliza su recuperación y un contumaz enemigo que lo impide.

Lo sagrado, lo sublime para estos cruzados, es la lectura; el obstinado enemigo, la televisión.

Y la metáfora toma cuerpo real en los numerosos simposios, mesas redondas, coloquios, jornadas y otras liturgias que congregan con cierta frecuencia a este Ejército de Salvación. En ellos, estos profetas de la lectura predicán sobre sus bondades y la catástrofe de su pérdida. En sus machacones sermones, insisten, sobre todo, en los terribles peligros de «la droga que se enchufa». Y, con clamor apocalíptico, nos exhortan a desengancharnos de ese objeto maligno de mirada mefistofélica que nos fascina, nos atrae, nos hace suyos y nos reduce a la esclavitud más abyecta.

Y no es que estos cruzados sean lectores empedernidos; no, qué va. Son los acólitos de una devoción que, en general, practican poco. Lo que caracteriza este dogma es la fe de sus creyentes, no su práctica. Así, entre estos animadores no es difícil encontrar personas cuya ignorancia sobre los niños es casi tan grande como su ignorancia sobre los libros infantiles.

Cualquiera puede ser animador a la lectura. No hace falta preparación ni conocimiento alguno. Este apostolado exige, sobre todo, creer y tener buena voluntad. Porque ser cruzado es cuestión de fe, no de conocimiento.

Aunque para ellos la televisión sea el gran mal, piensan que nacemos, en general, con una propensión negati-



LA NUEVA ESPAÑA.

va hacia el hecho de leer. Como la lectura es asimilada a la virtud, es, como ella, una conquista difícil. Debe vivirse siempre alerta, siempre vigilantes, porque el demonio acecha en todas partes, sobre todo en el lugar más destacado de las salas de estar.

Si estos apocalípticos, si estos cruzados de la lectura investigaran las causas de por qué se lee tan poco, se darían cuenta que los niños no nacen no lectores, sino que se les hace no lectores desde que nacen.

El porqué del rechazo a la lectura

Analicemos ahora, someramente, cuáles son las causas que convierten a los niños y niñas en no lectores; o lo que es peor aún, que les crean un rechazo a la lectura.

Estos condicionamientos negativos empiezan en el ámbito familiar, en ese territorio primario donde los niños toman sus primeros contactos con el mundo y desarrollan intensamente duraderos afectos y aversiones.

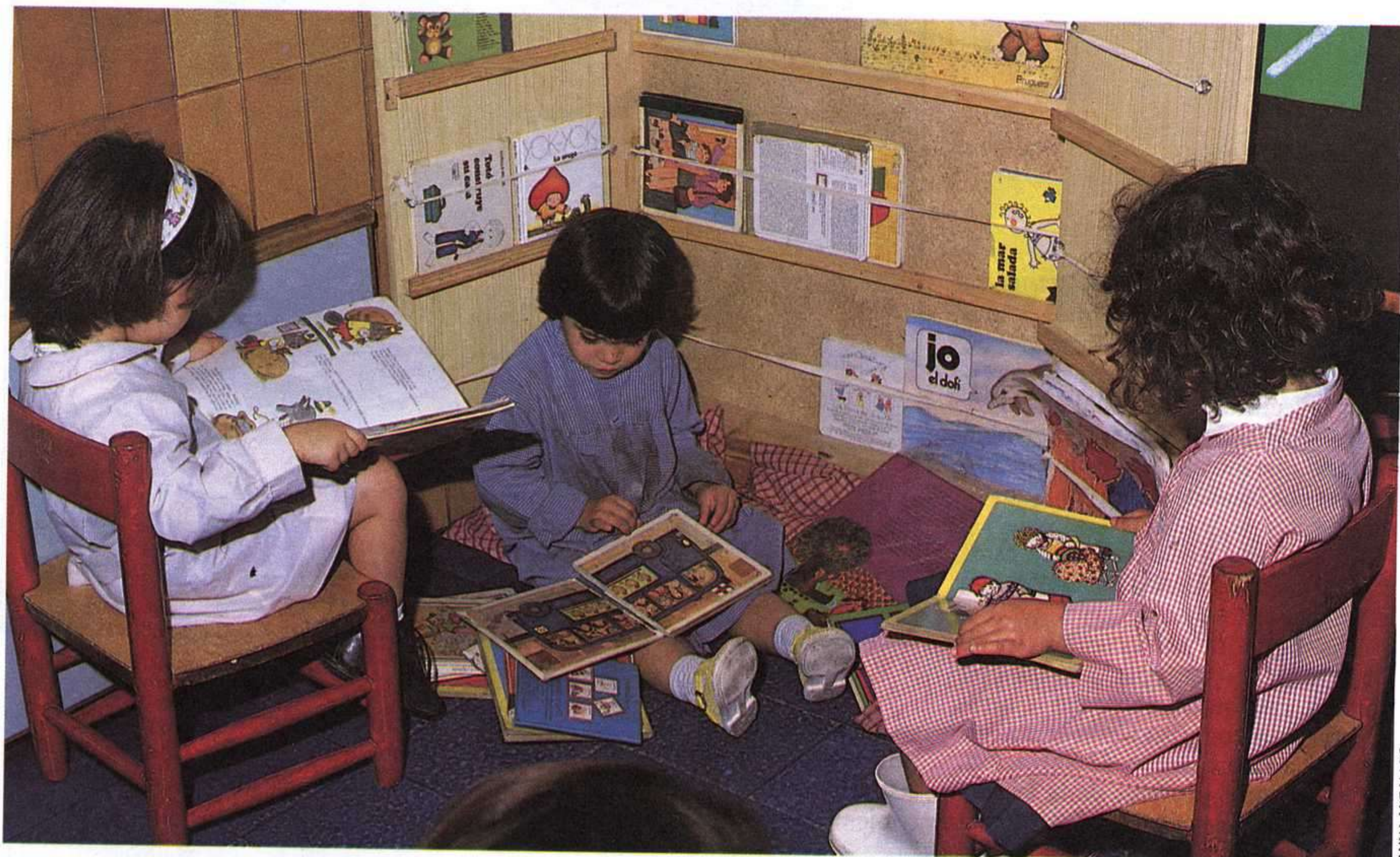
¿Cuántas familias españolas tienen libros en sus casas? Y si los tienen, ¿qué uso hacen de ellos? Sabemos que la mayoría de los libros que se encuentran en los hogares españoles son más

objetos de adorno que de uso. Para saber el nivel lector de un país, no hace falta ir de librerías, basta con ir de mueblerías. Pregunten, pregunten si no lo creen en esos grandes establecimientos donde pueden encontrar de todo para el confort del hogar, pregunten, insisto, por estanterías exclusivamente para libros, sin mueble bar y otros aditamentos. Muy pocas o ninguna dispondrán de estos insólitos muebles porque, como bien argumentan los vendedores, para qué los van a hacer si no existe demanda.

Y, ¿en cuántos hogares se les cuenta cuentos a los niños? En muy pocos, desgraciadamente. Sin embargo, esos primeros cuentos son los mejores caminos que conducen a la lectura. Los niños y niñas a los que se les leen cuentos descubrirán que las historias que les conmueven, las historias que les apasionan, están en los libros. Y desearían saber leer para acceder a los seductores mundos que están encerrados en sus páginas.

Los cuentos son, pues, una decisiva motivación a la lectura, pero también son mucho más que eso, como explicó magistralmente Carmen Martín Gaité.

«A través de los cuentos que le de-



ANNA MIRALLES

dican a él —dice la autora en *El cuento de nunca acabar*—, el niño recibe dos dones de diferente índole: uno, relacionado con el asunto del cuento mismo, otro, con la actitud y la identidad de la persona que se lo cuenta. Al niño le gusta oír cuentos; de un lado porque le suministra material y argumento para sus fantasías solitarias mediante las cuales evadirse de ese mundo tedioso de los avisos y normas cotidianas, y de otro, porque significa una prueba de atención y de amor por parte del narrador físicamente presente, cuya voz oye y cuyos ojos le miran.»

Es una pena que Telefónica no haya puesto todavía en funcionamiento el «Servicio de cuentos» propuesto por Rodari, ya que «sería muy útil para niños que no puedan dormirse si alguien no les cuenta un cuento. Sería también utilísimo para los padres que,

generalmente, conocen pocos cuentos y no los saben contar bien».

Y de la familia nos vamos a la escuela. Entramos en el territorio de la enseñanza institucionalizada. Es aquí donde los niños y niñas van a aprender a leer y donde deberían adquirir y desarrollar sus hábitos lectores.

Sin embargo, algo ocurre, algo falla, ya que la institución escolar, en vez de convertir a los niños en lectores, contribuye, de manera decisiva, a que detesten la lectura, porque concentra su esfuerzo más en hacerles descifrar que en disfrutar de lo leído. Y así los escolares aprenderán muy pronto que leer se relaciona con lo impuesto, con lo obligatorio, con el tedioso deber cotidiano.

Y, para colmo, cuando ya nuestros sufridos escolares dominan la técnica del desciframiento, se les introduce en los procelosos mares de la inter-

pretación. Comienza entonces lo que García Márquez llamaba «la manía interpretativa» y a los niños les llega, como decía Lázaro Carreter, «la hora de los buzos». Es ese momento en el que se les obliga a sumergirse en las profundidades de los textos para averiguar lo que el autor quiso decir por debajo de lo que dijo.

Toda la lectura se escolariza y queda subordinada a los fines de la enseñanza. Incluso muchas editoriales se han hecho cómplices de esta escolarización añadiendo, al final de sus publicaciones, unas indignantes fichas para «elevar el nivel de comprensión del lector».

¿Cómo pueden los niños en este contexto educativo adverso descubrir el placer de leer?

No estaría de más sugerir a nuestros animadores a la lectura que sean por una vez subversivos y animen a los

niños a pintar en las paredes de las escuelas: «Lectura, sí; ejercicios de tortura, no».

¿Tiempo libre y lectura?

Analizamos hasta aquí las causas de la no lectura determinadas por el entorno familiar, primero. Y por la escuela, después. Nos desplazaremos ahora hasta el territorio del tiempo libre de los niños. Andaremos por él con cautela porque ahí vive el enemigo. Sin embargo, al recorrer la geografía de este territorio, nos damos cuenta enseguida de que no es tan libre como parece. Está ocupado por la prolongación de la escuela por medio del estudio y los deberes, y por otras obligaciones impuestas por padres que son incapaces de entender que sus hijos estén sin hacer nada o haciendo lo que ellos quieran. Siguen pensando que la ociosidad es la madre de todos los vicios.

No es de extrañar, por tanto, que los niños no deseen leer fuera de lo estrictamente obligado, en el escaso tiempo libre que les queda.

¿Seguirá siendo cierto —según se destacaba en un estudio realizado por el Ministerio de Cultura en 1980— que el 41 % de la población infantil no lee prácticamente nunca y que sólo un escaso 11 % lee todos los días?

¿Seguirá ocurriendo que el 92 % de la población infantil española no ha ido nunca a una biblioteca pública?

Es necesario un nuevo estudio que dé respuesta rigurosa a estos interrogantes. En estos diez años las cosas han cambiado para mejor (estaría bueno que no hubiera sido así), pero no alcanzan todavía el nivel deseable ni por el propio Ministerio de Cultura. Sabemos que el uso de las bibliotecas públicas es mayoritariamente infantil, pero no sabemos si estos lectores siguen siendo una exigua minoría con respecto al total de la población de menores de 14 años. Aventura la hipótesis de que si en la actualidad hay una mayor afluen-



JOSÉ RAMÓN MARINA.

cia de niños y niñas a las bibliotecas, no es por la labor de los animadores a la lectura sino porque existen mejores y más atractivas bibliotecas. La biblioteca es la institución que más puede contribuir a desarrollar el placer de leer. Pero para ello tiene que transformarse en una institución viva, sugerente, donde los niños acudan cuando les apetezca, sin imposición alguna. Y donde, a la cordialidad de los bibliotecarios, se unan modernas instalaciones y colecciones estimuladoras del deseo de leer.

Otra cuestión sorprendente es el considerable aumento experimentado en los últimos años en materia de libros infantiles en España y, a la vez, la casi nula información que los supuestos destinatarios tienen de estas novedades editoriales.

La producción de literatura infantil es un misterio. Se publica mucho, pero a poco que se indague en este campo, se comprobará que, de todo lo que se publica para niños, un gran porcentaje irá de la imprenta al olvido. Carecen de información los niños, pero también los padres, los enseñantes, los libreros y los bibliotecarios. Y no precisamente por desidia. Pocas maneras hay de enterarse de la oferta editorial en nuestro país. ¿En cuántos periódicos aparecen reseñas de pu-

blicaciones infantiles? ¿Cuántos programas de televisión proponen sugestivas lecturas a los telespectadores infantiles? Sobran los dedos de una mano para contarlos.

He tratado de mostrar las causas que convierten a los niños en no lectores, sin que la televisión figure entre ellas. Como la televisión y los niños es un debate que excede el propósito de estas líneas, sólo cabe señalar que si los más pequeños ciudadanos pasan muchas horas frente al televisor es porque no se les ofrecen otras alternativas a su ocio. Ellos no han escogido este tipo de vida, simplemente se les ha reducido a ella.

De lo expuesto se desprende que si queremos que los niños adquieran el placer de leer —pues de eso se trata— debemos dirigir nuestros esfuerzos a suprimir las barreras que les impiden tener actitudes positivas hacia la lectura.

«Muy difícil es enseñar —afirmaba el padre Feijoo en el siglo XVIII— pero más difícil todavía *desenseñar* cuando los errores vienen propagados desde nuestros antecesores.» ■

* Paco Abril es coordinador de las bibliotecas de la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Gijón (Asturias).